

no así ahora en que un breve espacio basta para que se produzcan transmutaciones y efectos inopinados allí donde todo se tenía por previsto, compasado y circunscrito. Lo que sentiríamos si los objetos que tenemos entre manos adquirieran de pronto naturaleza de explosivos, eso me figuro que ha de sentir esa generación cuando trata los problemas del presente, que son en sustancia los mismos de ayer, que serán también los del futuro, pero que asumen caracteres de increíble trascendencia por virtud de la época en que se hallan emplazados. Ahí tenéis otro motivo, y no liviano, que nos aconseja ser cautos y no adelantar la acción sin estar apercebidos con las armas de la inteligencia. El garbo y apostura de los años mozos las enaltece y pone en condición de hermosura sin par, como acaeció con muchos próceres; no las reemplaza, sin embargo, y por esto veréis que los helenos buscándole tutela a la República y decoro final al Partenón, alzaron delante del milagroso peristilo, no las estatuas de los púgiles a quienes aplaudían en el estadio, sino la de aquel numen, mito de inteligencia arreado para todas las batallas, la armígera deidad, la juvenil Minerva!

Señores:

Por allá en los libros homéricos se describe el rito máximo con que los grandes jefes pretendían encadenar la fortuna, aprendiendo la verdad y descifrando el ciclo advenidero en los oráculos de los antepasados victoriosos. Sobre un surco fatídico inmolvaban víctimas copiosas y al levantarse de la tierra, como un aliento vivo, el cálido vapor de la sangre vertida, se tenía por cierto que acudían los inmortales a recibir la ofrenda y a conversar con los humanos.

Probable es que penetrando el misterio de esta arcaica observancia, hallemos patente el imperativo tradicional que nos fuerza a buscar en el ejemplo y en la sabiduría de los que nos precedieron el punto de apoyo y la piedra de toque que han menester las hazañas ulteriores para ser venturosas. Pero los griegos me darán licencia para ensanchar el símbolo y ver con vosotros en la inmolación de las víctimas y en el humear de la sangre la imagen del sacrificio que debe emancipar a la República, de la insensatez, del egoísmo y la codicia, de la discordia, nodriza y maestra de crueldades, y de la ignorancia de lo justo, que atosiga a los pueblos con el prejuicio torpe y con la pertinencia criminal. Solamente así podremos conciliarnos la mirada benigna y alentadora de los próceres.

Discurso pronunciado el 19 de julio de 1933, con ocasión del homenaje que la Academia de Historia dedicó a los Mártires de la Patria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Homenaje a Monseñor Castro Silva

MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por **Andrés Holguín.**

Doctor Antonio Rocha, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; señores Consiliarios; señores Profesores, Colegiales y Alumnos; señoras, señores:

Dice Henri Bergson —coincidiendo con los psicólogos posteriores— que todo cuanto hemos vivido perdura indeleble en nuestra memoria y que basta un estímulo exterior para que surjan, lo mismo que se ilumina, de pronto, el paisaje nocturno cuando volvemos hacia él las linternas del automóvil en marcha.

Pero hay algunas vivencias, algunos súbitos paisajes, que permanecen y reviven de manera especialmente clara. Y, cuando reconstruyo, entre la niebla del recuerdo, mi vida universitaria, regresa insistentemente la imagen de Castro Silva. No, en especial, la del rector. La imagen que surge en mí, una y otra vez, no es otra que la del profesor. Monseñor —qué sentido simbólico y antiguo cobra este vocablo: mi - señor espiritual— fue, para mí, ante todo, el profesor, fue el maestro.

Su cátedra —la de filosofía del derecho— era en realidad un espectáculo del espíritu, de la inteligencia, único e imborrable, insustituible.

Su agilidad mental, su lucidez, esa claridad que cada alumno debe exigir de cada profesor, la diafanidad de su exposición, al mismo tiempo hermosa y profunda, meditada e improvisada, fruto de tan prolongadas lecturas pero naciendo, insospechada, al comunicarla a los estudiantes, todo ello resultaba, a la vez, embriagador y estimulante; siempre, sobrecogedor.

En una comunicación tan viva con los alumnos, que naturalmente hacían brotar un rápido y constante diálogo, su disertación desbordaba los límites del derecho y de la filosofía jurídica. Cada frase revelaba una hondísima experien-

cia espiritual, una original manera de ver las cosas. Derecho y moral, sociología e historia, literatura y filosofía, todo se aliaba en una síntesis prodigiosa, para transmitir, mucho más que una lección, una multitud de ideas, de mensajes y emociones, de pensamientos acumulados. Daba a veces la impresión de que todo ello, represado durante largos días y largas noches, se expresara súbita y brillantemente a través de la cátedra. Y la exposición —esto siempre maravillaba— estaba cruzada de metáforas y de ejemplos, de anécdotas y de mitos que hacían más inteligible cada problema, más diáfana cada abstrusa cuestión.

Se ha dicho, con razón, que cada época se caracteriza —piénsese en Grecia o Roma, el medioevo o el renacimiento— por su concepto sobre el hombre. Lo mismo pudiera decirse de cada filósofo y de cada artista: lo que a cada uno lo define —piénsese en Sófocles, en Miguel Ángel, en Beethoven, en Picasso— es su concepción sobre la naturaleza humana. ¿Qué es el hombre?, es un interrogante que, como la pregunta por ser de los primeros metafísicos, sigue abierto sobre nuestras cabezas y que, desde la meditación socrática hasta los atómicos días que vivimos, ha atravesado la historia de la mejor cultura humana. El hombre hecho a imagen y semejanza de su creador, según el autor del Génesis contemplado el hombre dual, dos sustancias antagónicas fugazmente aliadas, según los pitagóricos y Platón; el hombre visto en la unidad de su sustancia, según el filósofo del Liceo; el hombre como una faceta del mundo natural, como fue para los primitivos pensadores helénicos; el hombre destinado, desde su nacimiento y a través de la redención, a una vida de ultratumba, según la visión cristiana medioeval; el hombre, un loco conjunto de átomos en movimiento, como fue para los dos pensadores de Abdera; el hombre como un centro de moralidad y de derecho, como lo concibieron los antiguos romanos; el hombre abierto a todas las aventuras del saber y de los viajes y de la ciencia experimental, ese hombre “nuevo”, que surge con el renacimiento; o el hombre del siglo XX que aspira a vivir, política y espiritualmente, la unidad de la especie, conquistando a la vez la entraña del átomo y la del cosmos, todo ello son sólo atisbos, o balbucientes respuestas, sobre aquel interrogante esencial. Qué es el hombre; sigue siendo la pregunta más grave cargada de sentido que el hombre mismo puede formularse.

Y recapacitando en estos últimos días sobre la sustancia de aquellas clases que, como digo, quedaron grabadas indeleblemente en mi memoria, pienso que lo que las caracterizaba, el núcleo vivo de donde irradiaba su calor intelectual, era, precisamente, un concepto sobre el hombre; de ese concepto, lo más trascendental que profesor alguno pueda trans-

mitir a estudiante alguno, de ese concepto tan neto y noble, tan realista y tan puro también, derivaba ciertamente la enseñanza del derecho y de la moral, de la religión, la sociología o la metafísica.

Esa misma preocupación, la búsqueda de esa secreta veta tras del sér humano, dio origen a las mejores páginas de Monseñor José Vicente Castro Silva. Y de ahí que su obra merezca, como pocas entre nosotros, el título auténtico “humanismo”.

Algunos de sus escritos más logrados, como los dedicados a Erasmo y a Don Quijote de la Mancha, señalan, en la historia de la cultura y en la de la fantasía, esa dirección primordial de su pensamiento. La iniciación del humanismo renacentista, con el penetrante pensador de Rotterdam, y su culminación —esencializado humanismo— con el creador del caballero manchego, pasmosa aventura del hombre en busca de sí mismo —a través de un laberinto más intrincado que el cretense, y sin hilo ni Ariadna—, búsqueda en el elogio de la humana locura o en la demencia tan real y desoladamente triste de Alonso Quijano, lo único importante en todo ello —Monseñor Castro Silva lo sabía muy bien— es esa búsqueda misma, esa aventura misma, siempre inacabada, siempre sorprendente. Esa doble línea —búsqueda y aventura— es la que hermana, por encima de diez siglos, al griego con cara de sátiro y lento andar de pingüino, que solamente aspiraba a conocerse a sí mismo, y al nervioso y genial africano que anhelaba descubrir a Dios en el fondo más recóndito de su alma, por el secreto y alucinado camino de la introversión. Esa doble línea constituye el común denominador de paganismo y cristianismo; es, pues, la esencia del humanismo.

Pero el concepto de Monseñor Castro Silva sobre el hombre no era una mera abstracción, ni el solo fruto de una especulación prolongada. Era, además, una vivencia, el resultado de un contacto directo con la humanidad. Podría afirmarse que fue esto lo que le llevó a ser un profesor, a ser un escritor y un humanista, a ser el rector de este claustro ejemplar.

Fue también ello lo que estableció esa comunicación permanente entre el rector Castro Silva y cada uno de los estudiantes rosaristas, desde el ingreso de cada uno de éstos a nuestros claustros. Ninguno de estos estudiantes, ninguno de nosotros, ninguno de los profesores tampoco, pasó por estas aulas sin haber sentido la necesidad apremiante del diálogo con Monseñor Castro. Todos dialogamos con él; y, a través de ese diálogo, más aún que sus observaciones sagacísimas, saturadas de alusiones culturales insospechadas, veteadas a

veces de ironía o de claro humor, lo que perturbaba y abría ventanas repentinas en nuestra mente, eran sus características preguntas, que hacían volver al interlocutor sobre sí mismo, sobre su más auténtica realidad, sobre las cuestiones primarias de la cultura, muchas veces sobre la organización del estado, o sobre el arte.

De otra parte, logró Monseñor Castro Silva fijar la política de su gestión rectoral siguiendo el doble mandato, reinventando el "nova et vetera". Y consiguió, sin esfuerzo, ese extraño, paradójico equilibrio entre lo tradicional y lo innovador, porque en su personalidad tan rica que siempre nos descubría facetas nuevas y cambiantes, en esa personalidad fuera de serie, se aliaban misteriosamente lo antiguo y lo moderno, el clásico humanismo y los dictados de la nueva ciencia, de la nueva filosofía, de la sociología o la literatura contemporáneas.

Es que esa ha sido la bifronte configuración de este claustro en sus instantes decisivos, lo que ha marcado su derrotero propio, lo que ha sintetizado su esencia, sus ideales y concretas aspiraciones. El fundador lo creó bajo ese doble signo, el de fidelidad a un espíritu tradicional —el de la filosofía perenne— y el de una urgente y drástica renovación de la cultura colonial española en tierras americanas. En estos claustros se incubó luego el movimiento de la independencia nacional, bajo el mismo doble signo, pero no ya con tendencia innovadora sino abierta, auténticamente revolucionaria: revolucionaria no sólo en lo social y político, sino también en lo científico bajo el doble impulso de Mutis y de Caldas. Puede pensarse, de este modo, que el Colegio del Rosario se ha caracterizado, en esos momentos culminantes de su existir, por ese "aggiornamento", ese estar al día de que hablara el Papa Juan XXIII; fundado en la tradición, pero sólo en cuanto ésta tiene de vivo y permanente, el Colegio Mayor ha sido, en tales momentos, un claustro universitario de avanzada, de pujante transformación, de renovación íntima y de influjo vivificador sobre el país. Fue ello lo que, con clara visión, vio y plasmó Monseñor Castro Silva desde el instante mismo en que inició su rectoría. Dice Chesterton, en alguna de sus páginas, no por paradójicas y retorcidas menos admirables y suscitadoras, que el auténtico tradicionalista no puede nunca dejar las cosas como están, pues de un día a otro envejecen, pierden su sentido o vigencia, el color que las hacía sugestivas y estimables; para que una columna se mantenga igual a sí misma, hay que retocarla y pintarla todos los días. Ese cambio constante, que recuerda el río de Heráclito, nuevo, como cada uno de los fragmentos del pensador de Efeso, en cada instante de su devenir, en cada renovada lectura, esa transformación perpetua, dentro de un

espíritu perdurable —un mismo cauce secular—, constituye la esencia misma de este Claustro. Así lo comprendió Monseñor Castro Silva y —he aquí una nueva metamorfosis— así lo ha comprendido el ilustre laico, el ilustre jurisconsulto y humanista que, para bien de la tradición y la renovación radical de estas aulas, le ha sucedido.

He querido recordar hoy, no erudita ni académica sino muy cercana y personalmente, al profesor, al escritor y al humanista, al rector, al amigo de la tradición y de la innovación, cuando se cumple, ya, un año de su muerte, poniendo en ello, al hacerlo, todo un espíritu y todo ello ocurre a cuantos estamos aquí congregados para rendirle póstumo homenaje, si no hubieran encontrado, un día, en su doble y misterioso camino, la presencia de Monseñor Castro Silva.

Palabras del doctor Andrés Holguín en el acto llevado a cabo el 28 de marzo de 1969, en honor y memoria de Monseñor José Vicente Castro Silva, con motivo del primer aniversario de su muerte.

